



EL ALMA, ANHELO HACIA LA LUZ

LANZADO AL MÁS ALLÁ

13

Aunque gasté los escasos ahorros de mi vida al venir a la India, consideraba que incluso cinco minutos en la compañía de un verdadero Maestro merecían más que todos los tesoros que uno pudiera acumular en este mundo sin fe. A medida que el tiempo transcurría, un amor sutil comenzó a impregnar mi conciencia, cambiando profundamente todas las percepciones. Mi vida anterior parecía un sueño distante. Durante años había permanecido libre del influjo de las drogas y del alcohol; sin embargo, nada era comparable, ni en lo más mínimo, con el éxtasis divino que ahora experimentaba. La presencia del Maestro era como un perfume que envolvía a todo aquel que se acercaba. La dulzura que despertaba sobrepasaba de lejos los placeres de los sentidos, del intelecto, de los logros o de la fama. Recientemente, el Maestro afirmó en un satsang, *“Dios es un Océano de éxtasis”*.

Desde que llegué al ashram, no vi ningún progreso particular en la meditación, lo cual diluyó mis preconcebidas nociones de obtener el samadhi en corto tiempo ante la presencia del Maestro. Una mañana me aproximé al Padre y le comenté sobre este particular. “Eso se debe a tu apego a la forma externa del Maestro”. Sonrió, me alivió y añadió, “¡Lo otro vendrá a su debido tiempo!”. Le di las gracias y me fui.

Pocos días después, un sevadar quien me encontró en un lugar apartado del ashram, exclamó sin aliento, “¡Hermano, el Maestro quiere verlo ahora mismo!”. Corrí atropelladamente hacia el vestíbulo y entré al santuario. “¿Por qué estás caminando por ahí con esa cara tan larga?”. Me preguntó el Maestro. Fui incapaz de responder. “¡Cara larga! ¡Cara larga! ¿Por qué cara larga?”. Asustado por su franca visión, me esforcé para encontrar las palabras. “Maharaj Ji, me estoy quedando sin fondos y tengo que regresar”.



LANZADO AL MÁS ALLÁ

Abrió la boca y sus amplias cejas se elevaron increíblemente. “¿Qué? ¡No pienses ni en el futuro ni en el pasado. Haz el mejor uso viviendo el presente y dedica el máximo tiempo a la meditación. Tú eres un hijo querido del Padre y ¡vas a permanecer aquí conmigo!”. Sacó un gran rollo de billetes de su cartera, retiró la banda de caucho que los mantenía juntos y dijo, “¡Si alguna vez necesitas algo, ven directamente a mí!”. Mientras le agradecía, decliné su gentil oferta. Entonces el Maestro me advirtió, “¡Aquí no todos son santos, recuerda eso!”. No podía ocultar nada, ya que había imaginado que muchos de los coloridos personajes del ashram estaban en alguno de los planos superiores, pero él quería desengañarme de esta fantasía. En un satsang reciente, advirtió, “El Maestro es como la vaca que le gusta dar su dulce leche al ternero que viene desde un potrero distante, pero la garrapata que vive en la ubre sólo bebe su sangre”.

Días más tarde, inesperadamente recibí un giro de \$100 dólares que me envió mi madre. Tímidamente me acerqué al Maestro y le pregunté si me podía prestar algún dinero mientras iba al centro de la ciudad de Delhi y conseguía dinero en efectivo, pues mis bolsillos estaban casi vacíos. Sacó algunos billetes preguntando, “¿Esto será suficiente?”. Me insistió para que los aceptara. Con cautela, acepté 20 rupias y le devolví lo demás. Dos días después, absorto con la idea de pagar mi deuda (como si eso fuera posible) fui a la casa del Maestro. ¿Cómo puede un esclavo de la mente pagarle jamás al emperador del corazón?.

Después de esperar con ansiedad, de repente, él apareció en el vestíbulo, sonriendo y saludando. Tartamudeé, “Maestro, aquí está el dinero que usted amablemente me prestó”. Él sonrió y alejó mi mano. Insistí, pero de nuevo se rehusó. Cuando se volteó, ¡puse las rupias en el bolsillo de su abrigo!. Pero mientras miraba en la dirección opuesta, sabedor de todo, con su mano derecha cogió la mía y repentinamente se volteó dándome suavemente tres palmadas en la cara. Desapareció entre la multitud y me dejó aturdido, con mis oídos resonando y la impresión en mi mente de su enorme rostro resplandeciente.

Esa noche tuve el sueño más vívido donde Mohan, el conductor, se me apareció y me comunicó un mensaje, que yo había sido llamado para difundir las enseñanzas en Occidente. De repente, quedé totalmente despierto en mi interior y en la distancia apareció el Satgurú vestido todo de blanco, más claro que la luz del día. Sin mover sus miembros, su forma parecía acelerarse hacia mí y ahora estaba justo al frente. Su mano derecha se movió hacia atrás como si fuera a golpearme, se balanceó y con toda su fuerza se conectó en mi cara. En este instante, hubo explosión de rayos. Sólo él permaneció y su santo semblante comenzó a brillar más y más con una incandescencia que eclipsaba el sol, un estupendo torbellino de poderosa luz. A través de su centro, fui arrastrado a gran velocidad, siendo catapultado hacia el Más Allá sobre grandes distancias, convirtiéndome en una mota de conciencia liberada, y momentáneamente fui parte de un océano de éxtasis y de gracia. Música angelical y maravillosamente bella fluía por todas partes. Este Océano no tenía agua, límites, fondo, ni fin. La palabra “océano” no era más descriptiva que “cielo” o “infinitud”. Moraba en una conciencia amorosa y mi realidad no era más que una burbuja diminuta flotando en una majestuosidad titánica.

Pero, ¡ay! mi zambullida en el Cosmos no estaba destinada a durar mucho. Cuando comenzaron a restaurarse los elementos del ego, la embaucadora mente lloraba para que yo

LANZADO AL MÁS ALLÁ

regresara de esa lejanía en medio de la relativa oscuridad. Contra mi voluntad, fui enviado de regreso, porque mi conciencia aún no estaba familiarizada y contenía impurezas incompatibles con estos reinos superiores. El descenso tuvo lugar a gran velocidad y de todas partes provenía un insoportable filo, una clase de fricción musical, a medida que el alma y la mente se deslizaban hacia abajo pasando a través de sucesivas capas, hasta que suave y silenciosamente reingresé al lánguido cuerpo boca arriba, apenas reconocible por una apertura vertical en la frente. Después de regresar a la prisión de la existencia física, lloré nuevamente. Aunque fui separado de esa Vida de la Vida, una dicha indescriptible saturó mi conciencia durante los días siguientes.

Dios se manifiesta a Sus amantes de muchas maneras, en muchas formas. Para mí, Él vino en la forma de la palmada de mi Gurú, la cual me confirió una breve prueba de la Eternidad, una cuota adelantada para derivar fortaleza cada vez que estuviera débil, reseco, sin inspiración o en problemas. Enormemente fortificado, oré para que algún día sea merecedor de servirle de alguna pequeña manera, a él y a la creación.

